

PUERTAS FUERA ANA DELIA CARRILLO DE RANGO



LENGUADEDIABLO
■ COLECCIÓNPIXEL

Puertas fuera de rango

D.R. © 2020 Ana Delia Carrillo

Foto de portada: Pixabay.

D.R. Para esta edición © 2020 Lengua de Diablo Editorial

Pueblo de San Antón, Cuernavaca, Morelos, México

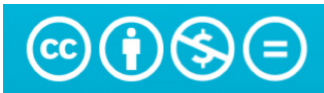
<http://www.lenguadediablo.com>

<http://www.twitter.com/lenguadediablo>

<http://www.facebook.com/lenguadediablo>

Primera edición junio 2020 en plena pandemia por el Covid19.

EX-LIVRIS: Jacobus de Teramo - *El Demonio ante las Puertas del Infierno*, del libro “Das Buch Belial”; publicado en Augsburg, 1473.



Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Usted es libre de: Compartir — copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato. La licenciante no puede revocar estas libertades en tanto usted siga los términos de la licencia.

Bajo los siguientes términos:

Atribución — Usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

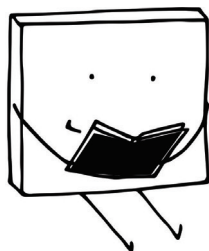
NoComercial — Usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

SinDerivadas — Si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Todos los derechos reservados, incluida la reproducción en cualquier forma. *All rights reserved, including the right to reproduce this book, or portions thereof, in any form.*

Impreso y hecho en México. *Printed and made in Mexico.*

PUERTAS FUERA
ANA DELIA CARRILLO
DE RANGO



LENGUADEDIABLO
■ COLECCIÓNPIXEL



LENGUA DE DIABLO



EDITORIAL

—Cuénteme de sus sueños.

Se reclinó en su sillón de piel, cruzando una pierna, los brazos descansaban en el pronunciado abdomen. Sus ojos me miraban fijamente, esperando una respuesta.

—¿Sueños? No tengo, doctor. Yo no sueño nunca.

—Eso es imposible —dijo, contundente—, siempre soñamos, que no se acuerde de ellos es muy diferente.

Para mí no había diferencia, es decir, si no me acordaba era como si no soñara, fin de la discusión.

—¿Y por qué cree que no se acuerda de sus sueños? ¿Qué siente?

¿Qué siento? Nada. ¿Qué iba a sentir por no tener sueños? ¿Qué clase de doctor era este? El título de una universidad privada, prestigiosa, colgado en la pared, decía Psiquiatra, a mí me importaba un carajo. No le veía el caso. Yo no necesitaba un psiquiatra, necesitaba salir del consultorio y seguir con mis cosas; necesitaba que me dejaran en paz, especialmente mi madre, que no podía entender mi necesidad de independencia.

—¿Qué pasa, no tiene una respuesta? Está bien, dígame entonces, ¿qué hace durante el día? Platíqueme de su rutina diaria.

Esto era una pérdida de tiempo. Pensé en mi madre sentada en la salita de espera, con su cara de angustia, y suspiré, tratando de evitar la exasperación. A últimas fechas se preocupaba por todo. A veces la sorprendía mirándome de reojo, tratando de ocultar su desconfianza, su temor. En todo caso, quien tenía comportamientos extraños era ella, quien debería estar sentada frente al psiquiatra, respondiendo preguntas estúpidas, era ella, no yo. Pero yo había accedido a la consulta, más por quitármela de encima que otra cosa y, ahora, lo único que me interesaba era terminar con esto de una buena vez y regresar a casa.

Le conté al doctor mis actividades. Lo llevé de la mano por cada una de las tareas que realizo cada día, detallada, meticulosamente. De cuando en cuando, asentía y soltaba un ajá o un oh de sorpresa y apuntaba en su libreta. El sonido de mi voz, monótono, llegaba hasta mis oídos como en sordina, como si alguien más estuviera hablando y yo lo escuchara a través de una pared. Cuando terminé, el doctor me miró fijamente, esbozó una media sonrisa y me dijo que no me preocupara, que todo estaba bien. Se disculpó, pidiéndome que lo esperara, y salió del consultorio.

En cuanto estuve sola me puse de pie, estiré los brazos arqueando levemente la espalda y de inmediato me invadió una sensación placentera de descanso y relajación. Me acerqué a la pared, donde estaba colgado su título, que con grandes letras góticas, anunciaba su nombre: Manuel Cerisola, y a su lado, un montón de diplomas y reconocimientos del país y extranjeros. Sin duda el doctor era un experto, pero eso no lo hacía un hombre agradable. Su figura rechoncha me hacía pensar en todo menos en un médico. Siempre había imaginado que los psiquiatras serían altos, delgados, con gafas y barbas, algo así como Sigmund Freud. El hombrecillo de vientre redondo y manos pequeñas, como de sapo, que me había estado interrogando, no sólo me repelía físicamente; su actitud, su trato, me disgustaban sobremanera. Su voz sonaba impostada, falsa, y su mirada condescendiente, y un tanto incrédula, me hacía sentir como un bicho raro.

La puerta se abrió para dar paso al doctor y a mi madre, y luego a su enfermera cargando una charolita metálica con un vaso de agua y un par de pastillas azules, que colocó sobre el escritorio. Preguntó si su presencia sería necesaria, y al obtener una respuesta negativa, salió, cerrando la puerta tras de sí. Mi madre se sentó junto a mí, a la espera del diagnóstico.

—No le encuentro nada malo, si acaso sólo un tanto abrumada por el exceso de trabajo. Lo único que necesita es descanso. Le voy a dar algo para ayudarla a relajarse. Quiero que se tome estas pastillas, son tranquilizantes. La harán dormir como un bebé y mañana se sentirá como nueva. Todo estará bien.

Yo no estaba cansada, ni abrumada, ni nada por el estilo, ni necesitaba sentirme como nueva, sin embargo, sabía que el doctor no me dejaría salir de ahí sin tomar las dichas pastillas y, pensándolo bien, dormir como un bebé sonaba maravillosamente y no me haría daño, así que, sonriendo resignadamente, las puse en mi boca y me las pasé con un trago de agua.

* * *

Lo primero que sentí fue una punzada intensa, filosa, en la base de la cabeza, justo encima de la nuca, que se fue extendiendo por la coronilla hasta las sienes. Traté de abrir los ojos pero la luminosidad que se abría paso sólo acrecentó el dolor; era casi intolerable y parecía que en cualquier momento mi cabeza estallaría como una calabaza dentro de un microondas. Desistí. Intenté llevarme una mano a las sienes para aminorar la pulsación pero fue inútil; algo detenía mis brazos. Quise mover las piernas y el resultado fue el mismo.

Haciendo un esfuerzo mayúsculo, entreabrí los ojos. No pude distinguir nada, sólo esa luz potente que lo invadía todo. Después de unos segundos me fui acostumbrando al brillo. La cabeza me pulsaba al ritmo de los latidos del corazón, que poco a poco se iba normalizando. Ahora podía ver sombras, algo que parecía un cuadrado y que luego descubrí era una ventana. Muy despacio giré la cabeza hacia ambos lados. Estaba acostada, los brazos descansan-

do a lo largo del tronco, y a la orilla de la cama, un barandal. Hice el intento de moverlos de nuevo y fue cuando me percaté de que estaba amarrada a él, inmovilizada por vendas que hacían una suerte de muñequeras. Tenía conectada una vía intravenosa al brazo derecho y algo pegado a mi cara, un tubo de plástico detenido por tela adhesiva que luego supe era una sonda nasogástrica. El dolor apenas me dejaba pensar, a pesar de que mi cerebro iba a mil por hora, tratando de entender lo que sucedía.

Se abrió una puerta, fuera de mi rango de visión. Una silueta fue tomando forma a medida que se acercaba a mí. La enfermera checó la vía intravenosa, ajustó el goteo, y sólo cuando volteó a verme se dio cuenta de que estaba despierta.

—¡Vaya! Por fin de regreso. Este último episodio sí que estuvo largo, ¿verdad? —dijo, con una sonrisa que pretendía consolarme.

¿De qué diablos estaba hablando? ¿Episodio? Traté de preguntarle pero en lugar de palabras, la garganta sólo emitió una especie de gruñido apagado.

—No puede hablar, tiene una sonda conectada de su nariz al estómago. ¿Qué pasa, otra vez no recuerda nada? —preguntó, compasiva—. No se preocupe, el doctor vendrá en cuanto le avise que ha despertado —trataba de tranquilizarme, mientras insertaba una jeringa con un líquido amarillento en la cánula del suero—. Si el doctor así lo indica, le quitaremos esto —dijo, señalando el tubo plástico pegado a mi mejilla. Relájese, todo estará bien.

Todo estará bien... todo estará bien... La última vez que escuché esa frase había sido en el consultorio del doctor, y obviamente no estaba bien. ¿O estar conectada a un montón de tubos, amarrada a una cama de hospital, sin saber lo que pasaba, era estar bien? La miré suplicante, pidiendo una explicación. Ella sólo sonrió, dándome unas palmaditas en la cabeza, y se alejó hasta desaparecer de mi

visión periférica, luego, el sonido de una puerta cerrándose; estaba sola de nuevo. Sentí los párpados cada vez más pesados y, casi sin darme cuenta, caí en un sopor extraño que me envolvió hasta perder el sentido.

* * *

—Amelia, despierta... Amelia, necesito que despiertes, ¿me oyes? ¿Amelia?

La voz llegaba lejana, ininteligible, pero insistente. Hice un esfuerzo por entender lo que decía, lo que me pedía. Despierta... despierta... Abrí los ojos para encontrar la cara del doctor.

—Eso está mejor, así, poco a poco. A ver, abre un poco más los ojos —y el haz de luz de su lamparita me cegaba momentáneamente—. Muy bien, las pupilas responden al estímulo —dijo, dirigiéndose a la enfermera que lo acompañaba, la misma que había estado conmigo anteriormente.

—¿Vamos a retirar la sonda, doctor? —preguntó la enfermera.

—Sí, Esme, pásame unos guantes y sostén los hombros de Amelia, por favor —le indicó, con voz firme—. Necesito que respires hondo y, cuando te diga, exhala fuerte; vamos a quitarte este tubo, ¿de acuerdo? —explicó, esta vez dirigiéndose a mí.

Parpadeé, asintiendo. Inspiré, y a la orden del doctor expulsé el aire. De inmediato sentí que me sofocaba, mientras el doctor jalaba el tubo de plástico hasta extraerlo por completo. Me dio un ataque de tos, que la enfermera controló dándome un poco de agua.

—No intentes hablar ahora —me dijo el doctor, al ver que mis labios se movían, aunque la garganta no emitiera sonido alguno—. La sonda nasogástrica ha estado conectada varios días y tu garganta está algo lastimada, es preferible que la dejes descansar. Hablaremos después, cuando estés más recuperada.

Le hizo una seña a la enfermera que, casi automáticamente, tomó una jeringa con el líquido amarillento y volvió a inyectarlo a mi suero, hundiéndome de nuevo en ese sopor cálido y abrumador.

* * *

Cuando desperté, el dolor de cabeza había desaparecido, al igual que la bruma en mi cerebro y las ataduras a la barandilla. Pensaba con claridad y tenía un montón de preguntas para el doctor. Necesitaba saber qué había ocurrido. Mi lógica indicaba un accidente, tal vez por una mala reacción a los tranquilizantes. Algún golpe en la cabeza, quizás me había caído de las escaleras, tal vez, incluso, un percance automovilístico. En algún lado había escuchado que después de un traumatismo craneoencefálico se perdía la memoria inmediata al accidente. De seguro por eso no recordaba nada de lo ocurrido. Mi último recuerdo era el momento en que me había tomado los tranquilizantes en el consultorio del doctor.

La enfermera —el doctor la había llamado Esme, de eso sí me acordaba— entró a la habitación.

—¡Buenos días, Amelia! Veo que tiene mejor semblante —dijo, alegre—. Eso está muy bien, al doctor le dará mucho gusto saber que se recupera favorablemente.

—Buenos... días... —contesté, con una voz ronca, apagada—. Esme, ¿verdad? ¿Puedo llamarla así?

—Por supuesto, bonita, puede llamarme así. Pero no se esfuerce demasiado en hablar. Guarde su energía, y su voz, para cuando venga el doctor. Seguro tienen mucho de qué hablar... Al rato le traerán el desayuno, dieta líquida, me temo, en lo que su estómago se acostumbra al alimento. Y, si lo tolera sin problemas, veremos la posibilidad de cambiarla a dieta blanda para la comida, ¿de acuerdo?

La sola mención de la comida me abrió el apetito. No sabía cuántos días había sido alimentada a través del suero y de la sonda nasogástrica; lo que sí era claro es que debía de poner todo de mi parte para salir de ese lugar lo más pronto posible. Irme a casa.

—Ah, casi lo olvidaba. Ya le avisamos a su esposo y quedó de venir a verla por la tarde.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

—¿De qué habla? Yo no estoy casada. No lo he estado nunca. Debe haberse confundido, Esme —le dije, visiblemente extrañada.

La expresión de la enfermera cambió por completo. Los músculos de su rostro se tensaron y la sonrisa se transformó en un rictus de preocupación. Guardó silencio.

—Esme, por favor, respóndame, ¿qué está pasando? Dígame a qué se refería con eso de “mi esposo”...

—No se altere, bonita —me dijo muy seria—. Voy por el doctor, él contestará todas sus preguntas —y salió de mi cuarto apresuradamente. Me quedé ahí, en esa cama, sintiendo cómo el nudo en mi estómago crecía vorazmente, oprimiendo el corazón, que ya latía con una rapidez inusitada, golpeándome el pecho, la garganta, la cabeza...

* * *

—¿Pero qué le pasa a todo el mundo?! ¿Usted también, doctor? Le estoy diciendo que no sé de qué me habla. ¿Cuál esposo? —grité, la desesperación y el miedo en cada una de mis palabras.

—Tranquilízate, Amelia. Recuerda por qué estás aquí, por favor —me dijo, tratando de explicarme.

La cabeza me daba vueltas, estaba mareada y a punto de vomitar. Esto era una pesadilla. Lo único que recordaba era a mi madre jun-

to a mí, en esos sillones de piel del consultorio, sonriendo mientras yo me tomaba las pastillas. Me sentía aturdida, como atrapada en un tornado, mientras las imágenes de mi vida daban vueltas ante mí: la universidad, mi examen profesional, el año que pasé dando clases en mi alma mater mientras seguía el proceso de admisión para mi maestría en el extranjero. Los viajes a la Ciudad de México para presentar el GRE y el IELTS, las noches de desvelo escribiendo mi carta de motivos para NYU. La espera de resultados, con los nervios a flor de piel y la incertidumbre carcomiéndome, y luego, la alegría desbordante al saberme aceptada de entre miles de candidatos, las citas en la embajada para tramitar mi visa de estudiante, la firma de mi préstamo estudiantil... Mi vida entera en ese remolino que era mi cabeza, girando, girando, hasta que la oscuridad del vórtice se apoderó de mí y ya no supe más.

* * *

La voz de Esme llega claramente hasta mis oídos.

—...tenía tantas esperanzas de que ahora sí se recuperara. Después del último episodio realmente creí que todo estaría bien. Los ajustes a la medicina parecían los adecuados, ¿qué pasó?

—Su fantasía se apoderó del cerebro por completo. Amelia es incapaz de diferenciar entre alucinación y realidad —contesta el doctor, con voz impostada.

Ninguno se ha dado cuenta de que estoy despierta. No hago nada que me delate. Escucho atentamente.

—Sé que no tengo mucho tiempo trabajando en el caso, pero le he tomado cariño, ¿sabe? Me da mucha lástima verla así —y realmente suena sincera.

—Imagínate yo, que llevo tratándola un par de años. Hemos

intentado todo: terapia convencional, medicamentos, hipnosis, incluso una intervención quirúrgica. Y luego están las terapias alternativas, las más radicales... nada ha funcionado. Su fantasía termina por imponerse. Me temo que no hay remedio. Y su marido... el pobre está deshecho. Estos dos años han sido muy duros, con Amelia internada y sin avance alguno.

Un acceso de tos me delata. Esme se acerca a revisar mis signos vitales. Yo quiero saber más, entender qué diablos está ocurriendo.

—Doctor, no se vaya. Necesito que me explique qué pasa conmigo. Por favor, dígame cómo llegué aquí.

—Fue por tus sueños —dice calmadamente. —Guillermo, tu marido, te trajo a mi consultorio porque tenías sueños recurrentes. Poco después de casarte, empezaste a soñar que vivías sola y que estabas a punto de irte a estudiar al extranjero. Y dejaste de atender a tu marido, de atender tu casa. Eran sueños extraños para una mujercita recién casada, no era lo que se esperaba de ti, ¿me entiendes? Pero tú, no sólo cada noche soñabas lo mismo, lo que ya de por sí era extraño, sino que tu sueño iba creciendo, haciéndose más complejo. Guillermo se preocupó cuando ya no hablabas de otra cosa que irte a Nueva York, y dejaste de reconocerlo. Describías cada detalle de tu fantasía como si en verdad estuvieras viviéndolo. Así llegaste conmigo. Intentamos encontrar el detonante de tus sueños, tuvimos interminables sesiones de terapia, pero en lugar de avanzar, retrocedíamos. Te resistías a aceptar que sólo era un sueño, estabas convencida de que era real. Fue cuando decidimos internarte, tratar con otras alternativas tu condición. Pero hasta ahora ha sido inútil. Tienes periodos en los que te pierdes. Es como si te sumieras en un sopor y tu cerebro se nublara. Dejas de tener contacto conmigo, con las enfermeras, con los demás pacientes. Dejas de comer, viviendo en tu mundo imaginario. Es

cuando tenemos que alimentarte por medio de la sonda, mantenerte hidratada por vía intravenosa, hasta que despiertas. Siempre desconcertada, sin saber dónde estás. Y siempre, eventualmente, negándote a reconocer a Guillermo. Y cuando te enfrentas a la realidad, te rehúsas a aceptarla. Entonces volvemos a ajustar el medicamento, a buscar respuestas, a intentar traerte de regreso de ese mundo de sueño en donde vives. Lo que más me preocupa es que estos periodos de desconexión son cada vez más largos. Me temo que en algún momento no regreses más, que tengas que quedarte indefinidamente en el hospital.

No entiendo nada. Lo que dice el doctor no tiene ningún sentido, son sólo palabras inconexas, como dichas al azar. ¿Un sueño? Absurdo, yo no sueño nunca. Necesito salir de aquí, ¿cómo voy a estar casada si debo presentarme en NYU a fines de mes para el inicio del semestre? Sus palabras se hacen más lejanas, como un murmullo, un zumbido que va desapareciendo mientras una bruma espesa nubla mi vista. Siento los párpados pesados, arenosos y sólo quiero irme de aquí.

* * *

Desperté sobresaltada cuando el avión aterrizó, más por la pesadilla que por la turbulencia. Imágenes inconexas flotaban en mi mente: un hospital, una enfermera, el doctor Cerisola diciéndome que llevaba años internada, que estaba casada y que mi vida era una fantasía. Aún podía sentir el miedo y la desesperación por el encierro. Sacudí la cabeza, intentando deshacerme de los recuerdos, y esperé mi turno para bajar, sorprendida de haber tenido un sueño.

Después de recoger mis maletas y pasar por la aduana, tomé un taxi con destino a Brooklyn. Durante el trayecto, no podía dejar de

pensar en la pesadilla, aún asombrada de haber soñado algo. Pero debía enfocarme en cosas agradables. El pequeño departamento de la calle 13 me esperaba. Todavía no estaba amueblado y faltaba contratar los servicios de gas, teléfono e internet, sin embargo, no quise considerar irme a un hotel. Ni siquiera las objeciones de mi madre, que puso el grito en el cielo cuando se lo dije, me hicieron cejar. No me importaba dormir en el suelo y comer fuera, habitaría el departamento como estuviera, y disfrutaría cada momento. Ya habría tiempo de comprar muebles y demás enseres.

Dejé las maletas en la entrada, y recorrí cada habitación, imaginando dónde pondría el sofá, en qué pared colgaría mis cuadros y cómo acomodaría los libreros en el estudio, pero seguía inquieta. Chequé la hora, eran casi las tres de la tarde. “Seguro que esta sensación opresiva es por hambre”, pensé, así que tomé mi bolsa y salí a buscar algo para comer.

Encontré un restaurante de comida mexicana a tres cuadras, sobre la 4ª Avenida, y sin pensarlo, me metí. Ya sentada en la barra, pensé en el doctor Cerisola; tenía razón en algo, siempre soñamos. La pesadilla era lo de menos, estaba en Nueva York, cumpliendo mi sueño, y eso era lo único importante, lo real, lo que se estaba materializando ante mis ojos.

ANA DELIA CARRILLO

(CDMX, 1966) - Escritora y articulista, cuenta con varias publicaciones en revistas y antologías nacionales e internacionales; rockera irredimible, amante de los gatos, hincha del club de fútbol inglés Arsenal.



Ex Libris Diaboli Lingua

Puertas fuera de rango
un cuento de Ana Delia Carrillo
se editó en junio de 2020 en
el antiguo barrio de La Carolina
Cuernavaca, Morelos
y se compartió libremente.
Derechos reservados el autor y
Lingua de Diablo Editorial.